Una noche y una vida

Daniela Hernandez

Capítulo 1

Una noche y una vida

En la absoluta oscuridad del cuarto sintió un cuerpo pesado sobre el propio; despertó con un escalofrío al sentir miembros enlazados con los suyos en una conmovedora caricia, un aliento cálido y suave en su cuello, cabello sedoso (y castaño, si se pudiera ver *algo* en esa habitación) cayendo sobre su rostro. Se disgustó enormemente al reconocer la situación en la que se volvía a encontrar, y se dispuso a despojar a ese cuerpo de la delgada cobija que lo cubría, que lo abrigaba. Al final decidió no hacerlo. Se limitó a observar por unos minutos la respiración regular y lenta del cuerpo debajo de la cobija. *El pecho subía. El pecho bajaba.*

Luego, con cuidado, con la ligereza adquirida por la práctica, bajó silenciosamente de la cama, tocando así con los pies el suelo frío y pulido de brillante material blanco. Al ponerse de pie, se podía observar a una figura delgada y angulosa, con la belleza propia de la juventud a la que se le sumaba el encanto propio del misterio, las piernas larguísimas y serpentinas, pasando por el torso triangular y proporcionado, se subía al rostro rígido, un rostro que tenía los ojos color acero y el semblante impasible, pero no sereno.

Sin vestirse, caminó hasta el umbral de la habitación y *deslizó* una pierna primero, luego la otra. El bulto bajo la cobija no pareció inmutarse. Caminó por el corto pasillo hacia otra de las tres piezas del apartamento: estaba el dormitorio blanco como la nieve, la cocina íntegramente tapizada de gris, el minúsculo baño no contaba y la salita-estudio de donde provenía una luz tenue. La pantalla de esa habitación siempre estaba encendida, sin importar la hora, la estación o el presupuesto del mes. Era una reliquia desechada más que comprada; su precio, en su momento una fortuna para él, sería la propina de la semana de un niño bien: mil doscientos créditos. Era más que el alquiler que pagaba. La pantalla era lo único en la habitación, el resto del ambiente carecía de distracciones e incluso de color. Le gustaba mucho esa pantalla, suponía un gran esfuerzo para una pequeña victoria. Era una pantalla como muchas otras: servía para ver películas, para enviar nuevas a otros, para pasearse por los foros, para ver y escuchar las noticias locales, para pagar facturas, para buscar la predicción del clima, para hacer llamadas, cálculos, documentos, álbumes de fotos. Una pantalla muy básica.

La pantalla en sí era muy pequeña: de unos dos metros por dos y medio. Tenía menos de cuatro terabytes de memoria, pero esta siempre se podía expandir. El disco que se había llevado de la mesita de noche era lo otro único de valor en el lugar. Lo colocó frente al sensor (tuvo que intentarlo varias veces hasta que por fin el escáner reconoció el dispositivo) y la interfaz cobró vida. Él, a su vez, se desperezó, saliendo del letargo casi

perenne que lo acompañaba la mayor parte del día y que se iba sólo a altas horas de la madrugada.

Ya había apoyado la yema del índice sobre la superficie cuando oyó movimiento en la recámara. Ese bulto se estaba levantando, estaba despertando desconcertado en una cama ajena, estaba ordenándole a la habitación que encendiera las luces, estaba teniendo una crisis existencial al preguntarse *cómo rayos era que se encendía las luces manualmente,* estaba considerando quién hoy en día no tenía luces automáticas, estaba apoyando los pies en el suelo frío y brillante y blanco, lo estaba buscando. El bulto lo encontraría eventualmente, el bloqueo del umbral del estudio estaba averiado desde hacía quien sabe cuándo, así que esconderse no era una opción. Con desgana, se volteó a mirar a con quien hace algunas horas había compartido lecho. Recordó que bajo las luces estridentes, ahí sentado en la barra sin ningún cuidado, aquel chico le había parecido la mar de atractivo.

¿En qué diantres habría estado pensando? ¿Desde cuándo se dejaba impresionar por un disco platino y una camisa bien planchada?

Muy tarde se arrepintió. Se dio cuenta de que se había involucrado con la clase de chico que no pertenecía a los barrios bajos en general y al distrito de neón en particular. Seguro que hasta iba a alguna de las universidades del este de la ciudad.

-Por Dios, si parece un pollito desamparado.- pensó el joven frente a la pantalla.- Ahora que lo veo bien, ni se me hace tan alto o tan imponente como uno de los chiquillos de la Academia.- Ahora su mirada estudiaba los rasgos del otro.

¿De dónde vienes, pollito? ¿Qué se te ha perdido en un lugar como éste?

Se había cubierto con la manta sucia de la cama y venía descalzo, tiritando. A pasitos cortos como quien no se atreve a entrar a una sala que no le ha sido prohibida, pero tampoco concedida. Al dueño del lugar no le apetecía verlo, así que regresó su atención a la pantalla.

-¿Qué haces?- El chico de pelo castaño se acercaba a pasos lentos. Estiraba el cuello para mirar por encima de su hombro. Al chico de ojos grises le pareció una escena patética. Un chico alto y de bucles castaños, de sonrisa dulce cuando sonreía -un osito de peluche a sus veintitrés- que abrazaba por la espalda a un chico menudo de ojos grises y cabello blanco que se había olvidado de decolorar ese mes, enclenque, desnudo y con ojos que habían regresado a su estado de zombi, sin vida.

-Estoy trabajando- respondió secamente el chico de los ojos grises después de varios segundos con una mueca. El chico de cabello castaño lo estaba rodeando con sus brazos fuertes y cálidos. El apartamento era

gélido. -¿Y cómo no?- se dijo el más alto. -Ni luces, ni suelo térmico como en casa. Será que no le alcanza el sueldo para pagarlo-.

Pensar en la situación del pobre joven que tenía junto a sí lo entristeció, de manera que se pegó aún más al cuerpo delgado e involuntariamente *bonito*, muy hermoso, del chico pulsando la pantalla, iluminado sólo por la luz enfermiza de esta. Al no ser su casa, le daba pena preguntar cómo se encendían las luces, así que optó por no preguntar y quedarse ahí a oscuras.

El otro sabía que la expresión de su "compañero" era de completo desconcierto, pero se sorprendió por la fuerza de su abrazo, que no disminuía ni se transportaba a otras *regiones* de su cuerpo. Ese gesto de cariño le causó tanto extrañeza como asco.

Siguieron ahí parados y en silencio. El chico más alto apoyaba su cabeza en el hombro del más bajo.

-Pensé que eras del *club*.- dijo finalmente el chico castaño.

El chico de ojos grises dudó un momento. De todas las explicaciones posibles, escogió una simple.

-Eso también es trabajo.-

El antro se llamaba Avian Axis Casino & Bar. Era lo mejorcito, si existe realmente tal cosa, de los barrios rojos del distrito de neón.

Hablar del trabajo que había tomado por necesidad y hambre lo llenaba de una vergüenza indescriptible.

En el trabajo, el chico de los ojos grises estaba ahí únicamente para verse bonito, sonreír y sentarse a conversar con los clientes. Eso hacía todas las noches de su semana. Le estaba corroyendo el alma.

-¿Entonces tienes dos trabajos?- preguntó con voz somnolienta el cliente con el que, por cuestiones éticas de su empleo, nunca debería haberse acostado.

-No. En realidad, lo otro se supone que no es un trabajo permanente. Es algo para pasar el tiempo. Mejor olvídalo, no es importante.- Su voz sonaba cansada, sus ojos intentaban aún más que antes evitar la mirada del otro.

-¿En qué estás trabajando?- preguntó desde detrás de su oreja el cliente alto, con un atisbo de genuina curiosidad.

-Es algo complicado.-

-No puede ser…¿Por qué no me pones a prueba? De seguro entenderé algo.- ¿Estaban esbozando sus facciones una sonrisa?

El chico del casino tenía cierto talento para manejar los sistemas y de eso llenaba su tiempo libre, de programación. Pero eso no le iba a contar a alguien que acababa de conocer.

En el trabajo, era muy necesario sonreír para poder comer. Tal vez por eso su rostro rara vez se iluminaba una vez fuera del horario.

Los sistemas de comunicación de vía rápida en los que estaba trabajando eran para una causa muy noble, pero eso tampoco se lo iba a decir al cliente.

Tener a alguien cerca de él le estaba dificultando concentrarse.

-Estoy creando una VCI.-

-¿Para qué?-

-Comunicación…-

-¿Puedo preguntar con quién?-

-No.-

El más alto se abstuvo de insistir. Poco a poco bajó sus brazos hasta que quedaron colgando a ambos lados de su cuerpo. Se movió hasta quedar al lado, en lugar de detrás de, del otro, de manera que ahora podía ver su perfil. Se dio cuenta de que si bien sus dedos volaban sobre la pantalla, no estaba haciendo nada en realidad. Sus ojos habían dejado de parpadear regularmente. El chico más alto se inclinó hacia su rostro, bloqueando su vista, obligándolo a mirarlo; le arrebataba la opción de ignorarlo, aunque no por malicia, sin embargo esto seguía causándole al chico de ojos grises una cierta ansiedad, o descontento, dígase nerviosismo o mala espina. El chico más alto se estaba concentrando en sus ojos y en su nariz respingada y recta, parecía querer captar cada centímetro de su rostro, hasta que finalmente se puso a contemplar sus labios apretados en un rictus involuntario. Él sería una media cabeza más bajo, por lo que tenía que alzar el rostro para mirarlo a los ojos. Eran negros. Con lentitud (*desgana, pereza,* ***letargo***) alzó una mano de largos dedos y la apoyó en su mejilla, luego en su nuca, enroscó el índice y el dedo corazón en los cabellos claros. Luego habló con más seguridad que antes.

-*Quítate*.-

La mano en la nuca del chico más alto tenía la temperatura de un cadáver, no un amante. Su tacto era inesperadamente firme, y hacía daño. Pulgada a pulgada sus cabezas se estaban acercando hasta que sus frentes se tocaron. Se encontraron hombro con hombro, nariz con nariz. Sus alturas se estaban nivelando, un rostro inexpresivo y otro asombrado, sorprendido, atemorizado. ¿Qué estaba…?

Súbitamente, con una rapidez nunca antes vista, el chico de ojos grises plantó un beso corto y casto en los labios del otro antes de soltar su cuello. Por un momento tuvo una expresión que no incitaba a alejarse de él.

Fue un beso de tres segundos, no más. La distancia entre los dos seguía siendo unos abismales diez centímetros.

-¿Quieres tomar algo?- preguntó el chico más bajo mientras apagaba la pantalla. No esperó una respuesta, simplemente estiró su brazo por encima del hombro del otro y removió el disco de su puerto. Se alejó por el pasillo con este en la mano, apartando algunos mechones plateados de su rostro. El chico más alto lo siguió, recordando fugazmente lo que habían hecho hace un par de horas al notar unas marcas en los omóplatos del contrario. Se estremeció por la memoria. ¿Ese chico había sonreído mientras lo hacían, o había tenido su rostro esa expresión neutral, que no denotaba ni pasión o placer o siquiera lujuria, sino una curiosa y poco familiar apatía?

Cavilando aún se sentó en una de las dos sillas color plomo de la península en la cocina, colocándola de manera que pudiera ver el resto de la habitación. Se dio cuenta de que por pudor aún se envolvía en la manta blanca con manchas sospechosas de otros colores. Cada superficie brillante de la cocina tenía alguna tonalidad de gris y ninguna parecía haber sido abrillantada en una eternidad.

No había estufa alguna, ni tampoco una hornilla activa u horno de reacción. En la encimera había sólo una cafetera de esas antiguas que había visto alguna vez en las películas, una eléctrica. La nevera era de una sola puerta, y también gris, sin superficie táctil. El chico más bajo, en cuclillas, buscaba rescatar algo de comer de sus entrañas. El chico más alto observó con cierta vergüenza la figura doblada del otro. Rememoraba las horas anteriores.

Cuando finalmente el chico más bajo se irguió de nuevo, tenía las manos vacías. Terminada la pantomima de *voy-a-ver-qué-tengo-para-ofrecerte*, sacó dos tazas de metal y dos cápsulas de café de una alacena, y se sentó en la encimera mientras la bebida se preparaba. Los dos estaban

separados por unos abismales dos metros.

Ambos se miraron. Ahora era el chico más alto quien debía echar el cuello hasta atrás para captar al otro en su totalidad. Pasaron los minutos.

Con las manos en el regazo, sujetando una de las tazas, el chico sentado en la encimera tenía los ojos muy abiertos, pero no miraba nada en particular. Al fin el chico más alto se atrevió a hablar:

-¿Vas a decirme tu nombre real?-

La respuesta del otro no se hizo esperar.

-Tú primero. No creo que en realidad te llames Neo.-

Tomó un sorbo de café. Por la única ventana del ambiente se empezaban a colar los primeros indicios de la mañana.

-Mi nombre es Axel Nu.-

-Ah.-

-El que te di antes es un alias.-

-¿Por qué?-

-¿Disculpa?-

-¿Por qué alguien como tú necesita un alias?-

-¿No es evidente?-

-No.-

Sus "NO" poseían una cualidad tan definitiva y tajante que era difícil contradecirlos.

Axel se reclinó hacia atrás en la silla, suspirando levemente. Pensó que sería difícil explicar sus motivos.

-La razón es.- empezó a decir.

-¿Es?- contestó la misma voz lánguida.

-La razón es- continuó Axel – que en realidad nadie sabe que vengo aquí. Paso por estos lugares seguido y necesito una identidad alternativa para que eso siga así. Verás, si entro a un bar cada viernes y me presento con mi nombre real, conoceré personas, que a su vez conocen a otras

personas, que conocen a otras personas, a quienes comentarán que me conocieron en un cuadrante que, supuestamente, nunca he visitado.- Juntó las yemas de sus dedos a la altura de su barbilla.

-Me pregunto- dijo despreocupadamente el otro chico – qué clase de vida tienes para querer ocultar cada visita a los barrios bajos. ¿Eres del cuadrante A?- Axel asintió.-¿Las Pérgolas o Mártires?-

-Ninguno, vivo en uno de los nuevos distritos.-

-¿Cuál?- La palabra fue pronunciada seca y cortamente.

-Espirales.-

-Es un lugar lindo.-

-¿Lo has visitado?-

-Fui cuando abrieron las nuevas líneas.-

- O sea, hace poco.-

- Exacto.-

Axel sentía que algo estaba incomodando a ese chico, pero no podía discernir exactamente qué. Intentó cambiar de tema.

-¿Y de dónde eres tú?-

Los labios se fruncieron, los ojos se agrandaron, los hombros se alzaron levemente en sorpresa y, con el semblante cambiado, tanto que parecía decir *¿sabes poco, no es así?*, el chico sólo alcanzó a decir crípticamente:

-De las calles antiguas no se escapa.-

-¿Entonces has vivido en este barrio toda tu vida?-

-¿Importa? Si lo quieres saber, antes vivía en el distrito de al lado.-

- Cambiaste de calles.-

-Sigo en el mismo cuadrante. En mi opinión, en las calles de neón estoy peor.-

¿Hay respuesta a una vida insatisfecha?

-Ahora que lo pienso, en Espirales no hay institutos. ¿No estudias?-

-Estoy en la Universidad Rose Jeon.-

Después de este intercambio de palabras el silencio los sorprendió de nuevo.

-Estudio Ingeniería Compuesta. Sexto círculo.-

-Ya lo sabía.-

-¿Lo sabías?-

-Mejor dicho lo imaginaba.-

Con irritación Axel descubrió que ya amanecía y aún no le había sonsacado nada al otro.

-¿Por qué no quieres decirme tu nombre?-

-¿Quién te dije que era cuando me presenté?-

-Me dijiste que eras Demian.

-Es el único nombre que obtendrás de mí.-

-No es el que busco.-

-¿Cómo podrías saberlo? No tengo por costumbre mentir.-

- Algo me dice que no estás siendo sincero conmigo.-

- ¿Sincero sobre qué?-

-No sé. Nada. Todo. Algunas cosas. ¡Llevo aquí más de seis horas y ni sé quién eres!-

Axel le estaba hablando con amargura. Demian (si ese era siquiera su verdadero nombre) no se encontraba ahí con él, al menos no del todo.

Demian estaba francamente perdiendo interés en la situación. Un nuevo día había llegado: ¿por qué incomodarse con cuestiones del ayer? Mientras bajaba de su asiento sobre la encimera y arrojaba su taza vacía en el lavador, pensaba. Si él pudiera de alguna manera dejar a Axel en el lugar que llamaba casa, si pudiera ponerle triple o hasta cuádruple cerrojo al umbral de la entrada y alejarse con una chaqueta que no era suya sobre los hombros caminando por las calles que se hacían más luminosas y anchas al este, lo habría hecho hace varias horas. Pero al final solo pudo

decirse a sí mismo: la distancia entre nosotros es demasiado grande. En esa habitación se encontraban Mercurio y Júpiter.

Pensó que no había visto las estrellas hacía mucho.

Volteó a ver al osito de peluche haciendo un puchero, todavía sentado en *su* silla y en *su* apartamento. Ocupaba un espacio y volumen superior al que le parecía adecuado.

La apatía en sí no aumenta ni disminuye, ya que es la total inconsciencia de que alguien comparte espacio con uno mismo. Si acaso, la apatía entra y sale del sistema rápida cual relámpago, y cuando se va, únicamente quedan los borrascosos sentimientos para que se multipliquen.

-¿Quién eres en realidad, Demian?

-¿Te importa mucho?-

En treinta segundos exactos ya estaba presentando al odioso bulto debajo de la manta una colección de objetos: una camisa de quinientos créditos, una chaqueta de ocho mil, unos jeans de mil trescientos, un par de zapatillas de cinco mil créditos, un reloj antiguo que no sabía cómo tasar, un paquete de pañuelos de papel y otro de goma de mascar, y por último, con el dolor que la envidia impone al separarse de algo ajeno y precioso, un disco plateado que contenía más que el valor de todas sus posesiones. Tal vez tendría fotos familiares. O papeles de la universidad. O listas de compras y nuevas a amigos.

Tal vez, consideró Demian con inquina, este chico tenía una vida normal y feliz fuera del pequeño planeta oscuro que era su mundo, y ni su rechazo ni sus caricias provocaban ningún efecto en él.

Las últimas palabras que se dijeron fueron fugaces y chispeantes como la pólvora.

-*Vete.*-

-No aún.-

-*Vete, no quiero verte más.*-

-¿Quién dijo que lo harías?-

Una vez que la indiferencia decide ausentarse, las cosas duelen.

El pollito perdido volvía bajo el sol deslumbrante a lo conocido, usando la

misma ropa que el día anterior, con el cabello castaño sin cepillar.

El chico de los ojos grises no se encontraba ni peor ni mejor que cuando su mirada se cruzó con el chico de cabello castaño.

Le daba igual*, pereza, letargo, ausencia*.

Nada de deseo, sueños, esperanzas, locura, lujuria y mucho menos *amor*.

El chico de ojos grises y cabello blanco estaba solo, solo, un alma solitaria que, de cuando en cuando, busca compañía que no quiere.